

En Posoltega, Pueblo de Dulzores

Juan Felipe Toruño

Originalmente publicado en la sección PAISAJES, COSTUMBRES, COMENTARIOS: ASPECTOS DE LA NICARAGUA DE HOY en el "DIARIO LATINO" de San Salvador, El Salvador, Centro América el miércoles 19 de abril de 1939.

Notas de Erwin Aguilar Gámez

Don Juan Felipe Toruño, poeta, periodista, ensayista y novelista nicaragüense. Nació en León el 1 de Mayo de 1898. Vivió en El Salvador desde 1929 hasta su muerte.

Fue honrado y distinguido con el título de "DOCTOR HONORIS CAUSA" por la Universidad Nacional de Nicaragua, en León, el 27 de Agosto de 1951.

Don Juan Felipe Toruño visitó Posoltega el martes 28 de Febrero de 1939 y publicó los recuerdos de su visita en el "DIARIO LATINO" de la ciudad de San Salvador, El Salvador, Centro América, en su edición de día miércoles 19 de Abril de 1939. Este documento fue originalmente escrito y publicado por él.

Juan Felipe Toruño le envió una copia del periódico a mi abuelo David Gámez cuando salió a publicación, quien la guardó celosamente por muchos años; luego fue conservada por mis padres. Más de cincuenta años después encontré la copia del periódico, amarillenta y frágil, y semidestruida por el tiempo y decidí copiar el artículo para recuperarlo y conservar algo de la Nicaragua perdido en los recuerdos de los que vivieron esa época y que ya se han marchado.

Don Juan Felipe Toruño vivió en Posoltega y fue muy amigo de mis abuelos maternos a quienes les guardó un profundo afecto y los recuerda en este escrito:

- David Gámez Morales, nació en Posoltega (Chinandega, Nicaragua) en 1890, hijo de Blas Gámez y Josefa Morales. Murió en Posoltega en 1960.

- Julia Mayorga Méndez, nació en la ciudad de León (Nicaragua) el 20 de marzo de 1898, hija de Baltazar Mayorga y Mercedes Méndez. Murió en Posoltega en 1978.

Yo conocí a Don Juan Felipe Toruño en su casa en San Salvador, El Salvador, en 1978. El me hizo saber su afecto por mis abuelos maternos y me obsequió una copia de su novela "El Silencio".

New Orleans, Louisiana, diciembre de 1995

Martes veintiocho de febrero de 1939. A Nacho Delgadillo le dije que no saldría de Nicaragua sin antes haber visitado Posoltega. Voy a tener esa satisfacción. Abrazaré gente que me conociera de mis ocho a doce años, hacía casi treinta. De León a Posoltega no hay más que una hora y minutos de viaje. Tomo el tren, junto con un hermano mío, a las ocho horas y cuarenta minutos. Llegamos a las diez horas casi. El convoy se ha detenido antes de llegar a la estación. Un grupo en antiguos conocidos están allí: David Gámez, Juan Carlos Cano, Nacho Delgadillo, José Dolores González (éste me llevo el nombramiento, firmado por el Ministro Altamirano, de profesor de la escuela semigraduada de aquel pueblo) José Nandín y otros. Lo primero, ver la casa que fuera de mi madre. Quiero ir a ella y verla como está.

Posoltega es un pueblecito hecho sueño, palpitante, tibio como un nido. Lo cercan cañaverales que olean, o en verde como un mar rumoroso, o en gris, cuando las flores de caña son espuma, o plumeros que abanicen el viento. Es pueblecito dulce. A sus veras, están los trapiches, un tanto fantasmales en silenciosas noches pobladas de luciérnagas.

En este pueblo pasé yo mi infancia. A los once años fui profesor de la escuela pública que dirigía Salvador Doroteo Bermúdez. Once años apenas. Once años que iba a ahorcarlos Pedro Montoya, un muchachote de quince años, porque le rechazaba sus lecciones de aritmética, de geografía, de historia patria.

Tengo grabada en mi mente la presencia de aquel pueblo en aquellos años. Los nombres de la gente que lo habitaba, sus peculiaridades, sus alegrías...

El pueblo ha mejorado. Tendrá luz eléctrica. Hay nuevas calles. David Gámez es el presidente del Consejo local, un hombre de fincas y de agitaciones agrícolas. En la esquina, a una cuadra de la estación, una de las casas que fuera de mi madre, hoy del hermano que me acompaña, está lo mismo. A la media cuadra, quiero ver lo que fue en mi niñez. El gran patio de don Juan Giusse, un ciudadano estadounidense, cuáquero, de barba cana, está seccionado. Vamos a la calle nueva -que no existía antes - a la casa solariega que está de tope. Aquella está hecha andrajos. La casa de corredor y jardín a la calle, se extinguió. Ahora es una caseta la que está ahí, de mala fisonomía, humosa, enseñando el costillambre de sus paredes. (¡Da grima aquello! El piñal se terminó. Los resedos, las barbonas, el almendro con senzontes madrugadores. Busco el brocal del pozo. Nada. Están de pie el sonsapote, el sapote, los árboles de mamón (talpajocote) que se encrespan rientes... Ahora hay zarza, suciedad, mozotes, "colas de garrobo", yerbas de cuatro carrizos tímidos, de aquel frondoso árbol de bambú de antaño. Los "palos de hule" se secaron de acollarlos tanto. El aguacate, los nísperos, todo está muerto. Quiero ir a ver si ronda al árbol de mora aquel hilito de agua que cantaba suspiros a la vera del platanarsito, en el que, por las venas de las hojas, saltaba la ardilla, volando con su cola-plumero nervioso. Quiero ir...

me lo impide el monte, la maleza... Puede haber garrapatas -apuntan David Gámez y Nacho Delgadillo.

Siento tristeza por lo que veo: aquel patio de ciento seis varas de fondo por ciento cincuenta y seis de frente, es un esqueleto de lo que fue. Pregunto a David Gámez si venderán aquello. Verá. Lo compraría para tornar a los días de mi infancia, en mis viajes. Cuando ya esté anciano ir a recogerme en recuerdos por algunos días, en aquel solar que podría cuidar un hombre, que lo aseara y lo cultivara...

Ni cañafístolas, que duran tanto. Ni madroñeras. Ni maderas negras. Ni nada hay allí. Una pereza tropical dejó perderlo todo. Sólo el limonero sembrado por manos abueleras ha crecido tanto, que si se estuviera bajo de él, sus flores podrían confundirse con estrellas perfumadas... Nos vamos.

Deseo ver la escuela en que diera mis sencillas clases. Se me dice que no existe. La iglesia colonial, está casi destruida por el temblor de 1937. Veo caras arrugadas. La Cesárea, una viejecita de ochenta y siete años. Doña Pía, existe. Con ciento siete años encima. Lo mismo su marido, con un siglo auestas. Encorvados ellos, reseco, tostados, como cáscaras de guayavillo.

Estamos en casa de David Gámez. Su esposa, Julia Mayorga Méndez, una señorita agraciada de otra época, ha engordado, teniendo aún fresca de aquella gracia. Su hijo, un muchacho de veinte años, Francisco. La hija, Bertha, estudia en uno de los colegios de León. Se toman cervezas, refrescos y se hacen comentarios. Pregunto por Bienvenida Sánchez, por Elisa Salazar, por Francisca Mairena, por aquellas muchachas que se burlaban de mí cuando yo fuera profesor. Todas, menos Bienvenida, han muerto. ¡Caramba! Vamos al cementerio para la ver la tumba de la abuela que allí está enterrada. Mi hermano, debido a prematuro reumatismo, no puede ir; pero no me indica tampoco donde está la tumba. No damos con ella.

En la iglesia, las rotondas son despojos en el suelo. El rombo posterior, de calicanto, sobre el altar mayor, es una claraboya por donde el sol pasa calentando las ruinas. Aquella iglesia, en aquellas dos manzanas, será reconstruida. Proyecta David Gámez. Será reconstruida. Iglesia edificada en tiempos de la colonia, cuando Poxoltlán llamábase lo que hoy es Posoltega, edificada río de por medio al oeste de Poxolteguía, cuya iglesia no existe ya y a donde llegaron huyendo los indígenas de Itagua, de la falda del cerro que está al norte y que se mira, desde la cumbre, como una tonsura. Huyeron por la amenaza de las aguas pluviales que más tarde destruyeran a aquel pueblo en donde se petrificara la madera.

Calles de almendros adyacentes a la iglesia, sombrean la hora. Son las once y minutos.

Frente a esa iglesia estaba edificada la casa de la escuela, y hoy solo hay polvo.

Vamos a ver la casa de una tía, en la que se asienta la escuela. Ni parece aquella casona. Destruída. El tiempo aniquiló lo que era. El solar de grandes jardines, muerto. Las pilas, los graneros, los árboles... Nada existe. Soledad. Un hombre se baña en esos momentos.

Enhebro recuerdos: Carlos, la prima Toya, Mercedes, tan hacendosa. Moncha, la repugnante. Evoco.

De aquel pueblecito, por el fondo del solar de mi madre me fugué en una mañana del diez de agosto de 1912, para incorporarme a la revolución de Mena, Burlé la vigilancia de mi abuela que no supo -hasta después- qué me había hecho. Frisaba no más, en los quince años. Tan flacucho, tan mayato, tan enfermo... Pero con ánimo para saber qué era eso de la guerra y qué era lo de pelear. Lo supe en esa misma noche...

Quisiera ir a ver la finquita que fuera de mi madre; mas no es hora ya. La figura de Lencho Moreca pasa por mi imaginación al salir de aquella casa.

Saludo a la hermana de Nacho Delgadillo, casada con Guillermo Larios, en una esquina. La Jacoba Pavo, me reconoce. Saludo a Rafael Cisne.

A la casa de David Gámez han llegado a ver al "muchacho de la Leonor". Así se llamó mi madre.

Quiero ir a bañarme a la "poza de los hombres", al sur del pueblecito. Se me insinúa mejor los chorros, al suroeste, que está en la hacienda de los Larios, llamada por antonomasia, del Obispo. No. Es mejor bañarme donde lo hice de muchacho.

A las catorce horas y minutos, nos dirigimos para allá. Pasamos por frente a la casona del obispo, de doble piso, en la que dos mastines cuidaran la entrada y una cruz verde se enseñoreara, rodeada de "lluvias" y de veraneras y de "bellísimas" primorosas. Ni mastines, ni cruz. La casa está derrengada. Vive allí un solitario. Nada más. Juan Marcos Larios.

Tomamos el caminito hacia el río. Las cigarras corean en el mediodía. Triste camino soleado, a la vera de los cercos de piñuela. El mangal de la hacienda Larios, los altos cauchos blancos, los laureles de morroñosas cortezas, los sonoros guanacastes... Chas, chas, chas... Los pasos triturar hojas secas. Un garrobo, dos, tres, se escurren por la maleza. Por allá otro hace neuma.

Y llegamos al río, fresco, radiante en mi memoria, rodeado de pitales, con agua helada y tibia, dos fuentes que bifúrcanse. Cuelgan los ojos de venado y mésense en los bejucos con el viento de la hora. ¡Caramba! Cuánto tiempo sin este zambullón. La corriente ahora es más fuerte. -Es que el río volvió a renacer,

al noreste del pueblo. En un invierno copioso, arrastró varias carretas que atravesaban en aquellos momentos de oeste a este, en el paso "al alto" de Posolteguilla.

Unos ojos de venado los tomamos de por ahí. El calishuate enseña su risa roja, por entre chufles verdosos. Burbujean pajarillos, retorciendo sus vuelos.

El río sonríe por entre unos pedruscos adelante de nosotros. Media hora o más. Salimos de allí, remozada el alma con el agua de recuerdos infantiles. El tren pasará a las diez y siete horas, un poco antes. A casa. Allí recibo otras visitas. En la calle hablo con Bienvenida Sánchez. Ella que era robusta, está flaca. Marchita. Y aunque no se le noten los años, se le ve apagada. Tiene una hija de dieciocho. Está con ella.

Vamos al telégrafo. Reconozco a Jacinto Díaz, quien me habla de Carlos Renderos, el radiotelegrafista de DIARIO LATINO, a quien conoció en la frontera con Honduras. Hacemos recuerdos.

Vamos después a un trapiche. Es de Tomás Soto. Están moliendo. Los bueyes forman círculos y el caldo de la caña brota oloroso, chorreando la melaza sobre un canal que va a dar a las pailas. En una de estas, el vaho de la miel aroma el ambiente. En tanto, la cachaza está en unos barriles, lista a la fermentación para el aguardiente.

Nos vamos. Es hora de ir a la estación... ■